

un cuarto de hora que dirigió a las mujeres públicas, las que por orden del corregidor tuvieron que salir a la puerta de su casa para oír el sermón del Padre, las indujo a todas a dejar su vida pecaminosa (1). En Granada predicó Bautista Sánchez con tanta conmoción sobre el desamparo en que se dejaba a los pobres en el hospital, que los oyentes al punto ofrecieron para ellos anillos de oro, zarcillos y preciosos vestidos, y el día siguiente enviaron ricas limosnas al hospital, poniéndose a servir personalmente a los enfermos (2). Efecto fué de los sermones el que se acrecentasen las prácticas religiosas, y especialmente la recepción de los sacramentos. El número ciertamente no demasiado elevado de las confesiones, que se alega como demostración (3), da testimonio del estado decaído y lamentable, en que se hallaba la frecuencia de los mismos (4).

Pero especialmente ganó los corazones para la nueva Orden la ocupación que ésta emprendió, de la enseñanza de la niñez. Era hasta entonces cosa nunca oída, que los religiosos se humillasen a tan poco sabia ocupación (5). Conmovía y enternecía sumamente ver cómo ahora los jesuitas, con una campanilla en la mano, juntaban a los niños en las calles, y formados procesionalmente los llevaban a la iglesia para enseñarles el catecismo. En Toledo salía la gente a las ventanas para contemplar tan inusitado espectáculo, y alababa a Dios (6). Las visitas a las cárceles y hospitales, y el heroico sacrificio de los jesuitas en tiempo de peste, contribuyeron asimismo a conquistarles aprecio y confianza. Muchos jesuitas perdieron su vida sirviendo a los enfermos (7).

Para la reforma de la Iglesia fué el más importante el ministerio de la enseñanza, que la nueva Orden ejercía en sus colegios. Tan pronto como en estos establecimientos se comenzó a dar instrucción a los de fuera, afluyeron a ellos los estudiantes. El colegio de Murcia contaba luego en los dos primeros años de su

(1) *Ibid.*, 506.

(2) *Ibid.*, 509.

(3) En cuatro meses del año 1564 fueron oídos en confesión: en Valladolid 3500, en Ávila 5265, en Salamanca 6300. *Ibid.*, 503.

(4) Es muy significativo, que el arzobispo de Toledo, Siliceo, prohibió comulgar más de una vez al año. Polanco II, 121, n. 287.

(5) Astrain, II, 523.

(6) Astrain, II, 522 s.

(7) *Ibid.*, 525 ss.

existencia 140, Belmonte en 1569 unos 400, Sevilla en 1561 cerca de 500, Córdoba por el mismo tiempo 650, y Monterrey al cuarto año de su fundación 800 (1). Del colegio de Monterrey salían clérigos tan aptos e inteligentes, que se formó entre los obispos este proverbio: Viene de Monterrey, luego confiadamente le podemos dar órdenes (2). El colegio de Medina dió a diversas Órdenes religiosas miembros tan instruídos e idóneos, que un superior dijo: Dejemos de leer teología y predicar y démonos a enseñar gramática, porque pienso haremos más provecho por esta vía (3).

Si la Compañía de Jesús en ninguna nación halló más numerosos amigos que en España, tampoco en ninguna parte tuvo que sufrir más graves persecuciones. La aversión del arzobispo de Toledo, Siliceo, vino a manifestarse del modo más duro y acerbo en el pontificado de Julio III (4). Por octubre de 1551 prohibió a todos los sacerdotes de la nueva Orden el ejercicio de todos los ministerios sacerdotales, y esta prohibición fué publicada solemnemente durante la misa mayor en las iglesias de su arquidiócesis. Con todo eso, por este paso se había opuesto el arzobispo a los privilegios pontificios de la nueva Orden, y con eso había hecho un agravio a la honra de la misma Santa Sede. En consecuencia de lo cual, Julio III en 2 de enero de 1552, dirigió una carta a Siliceo, en la cual tributó un grande elogio a los jesuitas (5), y el nuncio Poggio salió valientemente en defensa de los oprimidos. Como también Felipe II se declaró contra Siliceo, no tuvo éste más remedio que revocar su decreto.

Un privilegio de las antiguas Órdenes religiosas, de que junto a un convento en un radio de 140 varas no podía edificarse otro, dió ocasión en Zaragoza a violentas manifestaciones contra el colegio de los jesuitas, que allí se había abierto el 17 de abril de 1555 (6). Especialmente los agustinos declararon violados sus derechos por la edificación del colegio; el arzobispo se puso de su parte, y los jesuitas fueron considerados y tratados como excomulgados, pro-

(1) *Ibid.*, 587 s.

(2) Relación del P. Valderrábano S. J., del año 1562, publicada por Astrain, II, 574.

(3) Relación del P. Olea S. J., del año 1563, *ibid.*, 576.

(4) Astrain, I, 351-365. En las Cartas de S. Ignacio, III, 455-475, hay varios documentos concernientes a este litigio.

(5) Cartas de S. Ignacio, III, 460.

(6) Astrain, I, 438 ss.

moviéndose en el pueblo grandísima excitación contra ellos. Llegó la cosa a tal extremo, que los jesuitas abandonaron la ciudad el 1 de agosto. Con todo, el litigio quedó resuelto el 8 de septiembre en su favor, y pudo abrirse el colegio.

También las impugnaciones del libro de los Ejercicios continuaron todavía durante el reinado de Julio III. Siliceo instituyó en 1553 una comisión para el examen de las acusaciones, la cual censuró diez proposiciones de dicho libro (1). Pero como ya en 1548 Paulo III había confirmado los Ejercicios, estas impugnaciones no pudieron adquirir grande importancia.

Aun más rápidamente que en España, se desenvolvió la Orden en *Portugal*. Entre todas las cosas humanas, dice un entendido crítico (2), nada se aprecia en tan alto grado en este reino como la posesión del favor real; mas los jesuitas gozaron constantemente del cuidado y solicitud paternal de Juan III, que estaba en muy buenas relaciones con Julio III (3), y según el ejemplo de su real hermano se rigieron los infantes Luis y Enrique, el primero de los cuales nada hubiese hecho con más gusto que entrar él mismo en la nueva Orden (4), mientras el cardenal e Inquisidor general Enrique se interesaba por los asuntos de los jesuitas, «como por los suyos propios» (5).

De hostilidades y dificultades, como las que tuvo que sufrir en España la naciente Compañía de Jesús, quedó ésta exenta en el vecino reino de Portugal. Hasta el año 1552, el número de los que entraron en la Orden subió a 318 (6). Entre ellos se hallaban, por ejemplo, hijos del gobernador de Lisboa y del capitán general de la Madera (7). En 1551 el cardenal infante Enrique cedió a los

(1) Astrain, I, 365-384. Esta censura se halla impresa en Polanco, Chron. III, apéndice 501 ss.

(2) Polanco (IV, 558).

(3) Éstas se manifestaron sobre todo en las concesiones respecto a las grandes Orden militares (cf. Schäfer, III, 85; V, 150, 156 y Corpo dipl. Port., VI y VII passim). El año 1551 envió el Papa al hijo mayor del rey la rosa de oro (v. Mac Swiney, Portugal, III, 228 ss.) y le hizo también otros presentes; v. Ant. de Portugal de Faria, Portugal e Italia, Lissabon 1901, 203 s.; cf. ibid. 78 s. sobre las relaciones eclesiásticas con la Santa Sede. Sobre la beatificación del portugués Gundisalvo v. Novaes, VII, 91.

(4) Cartas de S. Ignacio, IV, 268 nota.

(5) Polanco, VI, 751, n. 3250.

(6) Epist. mixtae, III, 25.

(7) Astrain, I, 586 s.

jesuitas su colegio de Évora (1), que en 1554 contaba ya 300 estudiantes; en 1555 recibió la Orden de Juan III el llamado colegio real de Coimbra (2), que formaba parte de la Universidad, pero pronto lo dejaron los jesuitas. En 1553 se erigió en Lisboa una segunda casa, la llamada Casa Profesa de San Roque (3); en el mismo año comenzó en el colegio de Lisboa a dar enseñanza a estudiantes de fuera (4), siendo en número de 600 los que en 1554 acudían a sus clases (5). Para el común del pueblo lo eran todo los jesuitas, que en conjunto, con los ministerios espirituales con los prójimos y con la enseñanza tenían tanto trabajo, que no eran sus fuerzas suficientes para todo (6).

Del grave peso de tener que encargarse del tribunal de la Inquisición de Lisboa, los libró la reclamación del Inquisidor general, el cardenal Enrique, que por ahí, según palabras de Polanco, vino a prestar un gran servicio a la Orden (7). San Ignacio se había visto en no pequeña perplejidad por el deseo que había el rey manifestado respecto a eso, no ciertamente por razón de reparos de principios, sino porque el cargo de Inquisidor podía considerarse como una especie de prelatura, y su Orden no había de aceptar prelaturas. Hizo examinar este asunto por espacio de tres días a seis de los jesuitas más inteligentes, y después se resolvió a dejar todo el negocio al juicio del rey. Cuando llegó la respuesta a Portugal, el cargo de Inquisidor había sido ya conferido a un dominico (8).

A pesar de todo el brillo exterior, la Compañía de Jesús precisamente en Portugal había de atravesar una crisis, como en ningún otro país (9). Faltaba allí una firme dirección; Simón Rodríguez no era muy a propósito para su cargo de Provincial. En la admisión de los novicios se procedía sin la necesaria elección; entre

(1) Polanco, II, 377; III, 422; IV, 543. Paulo IV confirmó en 15 de abril y 20 de septiembre de 1559 la cesión del colegio a los jesuitas. (Delplace,) Synopsis actorum S. Sedis in causa Soc. Iesu I, Florentiae 1887, 17.

(2) Polanco, V, 588 s.

(3) Nadal, Epist. I, 197 ss.

(4) Polanco, III, 394, 402 s.

(5) Ibid., IV, 524.

(6) Ibid., II, 135 s., 676; IV, 527; V, 566.

(7) Prorsus de Societate benemeritus fuit, quod impedivit, ne id fieret. Polanco, V 603, n. 1663.

(8) Ibid., Mon. Ign. Ser. 1, IX, 226; Ser. 4, I, 320, 327. Epist. mixtae, IV, 702.

(9) Astrain, I, 585-629.

los pertenecientes a la Orden se mostraba un anhelo de independencia y de vida mundana, que a la larga había de tener las peores consecuencias; Rodríguez procuraba en general formar su Provincia según su propio dictamen, independientemente de lo restante de la Orden. El descontento de los elementos insubordinados llegó a estallar abiertamente, cuando al fin fué depuesto Rodríguez en 1552. Sin embargo, precisamente ahora se mostró de un modo clarísimo, que S. Ignacio y los suyos estaban resueltos a oponerse con férrea energía al daño que amenazaba. Unos 130 miembros de la Orden, que no quisieron sujetarse, fueron despedidos inmediatamente, y S. Ignacio aprobó este paso de su representante Torres(1). Por julio de 1553 ya no había más que 105 jesuitas en el suelo portugués (2).

La paz fué de nuevo amenazada, cuando a principios de 1553 volvió Rodríguez a Portugal, y procuró ganarse la corte para su reposición. Sólo por junio de 1553 obedeció al mandato de Loyola, de ir a Roma. Allí insistió en que se examinase su causa formal y jurídicamente. Habiendo sido para él desfavorable la sentencia de los jueces, sujetóse a ella después de algunas vacilaciones (3). Entre tanto se publicaron en Portugal las Constituciones de la Orden, sobre cuyo fundamento tomó un nuevo impulso la Provincia portuguesa.

Un campo sumamente extenso se abrió a la acción reformadora de la Orden en *Italia*. Las relaciones de los misioneros jesuitas, como también otras fuentes históricas, muestran cómo allí el descuido en lo tocante a la religión había subido por lo general a un grado casi increíble. Con frecuencia se quejan los misioneros de que el pueblo muchas veces ni siquiera sabía las oraciones más usuales (4), y de que se hallaba gente, que desde los siete u ocho años, o también desde los treinta y cuarenta, no se habían confesado más (5). Por grandes que se estimen las consecuencias de las

(1) Carta de 18 de diciembre de 1552: Mon. Ign. Ser. 1, IV, 559 ss.

(2) Epist. mixtae, III, 397.

(3) Carta de Luis Gonçalvez, de 20 de mayo de 1554: Epist. mixtae, IV, 180 ss. Siendo anciano, volvió Rodríguez a Portugal en 1574 y murió en 1579 en Lisboa.

(4) Polanco, II, 175, 503. Tacchi Venturi, 267 ss.

(5) Polanco, II, 19 s. (Tívoli), 224, 226, 245 (Sicilia), 483 (Venecia). Tacchi Venturi, 268. Buschbell, 12 (Verona). Cuando en Camerino, en 1556, fuera del tiempo de cuaresma, exhortó un jesuita a la confesión, al principio se reía la

luchas y guerras casi incesantes, que afligieron a Italia, la decadencia religiosa es en parte a no dudar una herencia del período del Renacimiento, en el cual no pocos obispos y Papas descuidaron gravemente sus obligaciones. El descuido en materias religiosas era por extremo notable en las regiones de la Península, que estaban más atrasadas en cultura y civilización. Todavía en el tiempo que media entre 1561 y 1570, era tan grande la ignorancia en los Abruzos, en Calabria y la Pulla, que los misioneros jesuitas llamaban a estas regiones la «India italiana» (1). Con todo eso, el pueblo en modo alguno era desafecto a la religión; donde sacerdotes dignos se interesaban de veras por la gente, afluíta ésta numerosa y era fácil moverla a una vida cristiana y ejemplar. De la región de Módena escribe Landini en 1551, que podía él observar claramente el mejoramiento moral que se había efectuado desde su primera visita; que hasta en los días de trabajo venía gente a los sermones, que antes no hubiera sabido lo que significaba el tocar las campanas; que nadie salía de la iglesia antes que él y que algunos iban también a otros pueblos a oír el sermón; que no se le dejaba partir si no prometía volver, y que se le salía a recibir cuando se acercaba a una localidad; y que sacerdotes de comarcas lejanas le suplicaban fuese a visitar sus parroquias (2).

Señaladamente era espantoso el estado en que se hallaba la isla de Córcega, por lo cual, a instancias de la Señoría de Génova, el Papa Julio III en 5 de agosto de 1552, envió allá como delegados suyos dos misioneros jesuitas, con plenos poderes para visitar las iglesias y conventos (3). Las relaciones de los dos comisarios pontificios, Silvestre Landini y Manuel Gómez de Montemayor, diseñan un cuadro de cultura poco halagüeño (4). La isla está dividida en seis obispados, pero desde sesenta o setenta años atrás ninguno de los obispos nombrados se ha dejado ver en Córcega. Los sacerdo-

gente; pero las mujeres estaban tan asombradas de que en semejante tiempo se predicase y se hablase de la recepción de los sacramentos, que casi creían que había llegado el fin del mundo. Polanco, VI, 84.

(1) Tacchi Venturi, 269 s.

(2) Carta de 16 de mayo de 1551: Epist. mixtae, V, 700; cf Epist. quadrimestres, I, 311.

(3) Un extracto del breve se halla en (Delplace,) Synopsis actorum S. Sedis in causa Soc. Jesu, I, 13; cf. el Apéndice, Disposiciones sobre reforma.

(4) Polanco, II, 464; III, 80 ss. Las cartas de Landini y Gómez pueden verse en las Epist. mixtae, III, 62, 88, 91, etc.

tes son tan ignorantes, que a principios de febrero de 1553 Landini no había examinado ni siquiera a uno, que supiese exactamente aun solo la fórmula de la consagración para la santa misa; van vestidos de seglar y trabajan todo el día en el monte, para ganar el sustento para sí y sus hijos. Las iglesias están ruinosas y se utilizan con frecuencia para albergue de los ganados. La gente vive en extrema pobreza, y tiene que sufrir muchísimo de los corsarios. En lo tocante a religión reina el mayor descuido. Landini, que todavía en 1551 y 1552, en sus viajes de misión por las regiones de Módena y Génova había visto por experiencia las cosas más increíbles, escribe en 7 de febrero de 1553 (1), que en ninguna parte había hallado peor situación que la de Córcega; que con razón se le había escrito desde Roma, que allí podría hallar su India y Abisinia, porque aquí reinaban la mayor ignorancia acerca de Dios, mil suertes de supersticiones, innumerables enemistades, odios encarnizados, homicidios por todas partes, soberbia diabólica, incesantes deshonestidades, y a esto se añadían usuras, fraudes, perfidias e incurables arrebatos de cólera. Algunos estaban ocultamente inficionados de herejía, muchos no sabían persignarse y había gente con canas que ignoraba el padrenuestro y avemaría.

A pesar de todo eso, fué también aquí fácil mover al pueblo a la práctica de la religión y a la mudanza de costumbres. Los misioneros desde la mañana hasta la noche estaban asediados por la gente. Diariamente se llenaba en Bastia la iglesia de bote en bote durante los sermones de Landini, diariamente tenían que ayudarle más de seis franciscanos a oír confesiones, y diariamente se contaban de sesenta a ciento cincuenta comuniones. Personas que habían vivido veinte años enemistadas, se reconciliaron, y un sinnúmero de amancebamientos fueron disueltos u ordenados (2). Landini comparaba el fervor nuevamente inflamado al de la primitiva Iglesia (3).

Como algunos malos sacerdotes procurasen obtener en Roma por medio de calumnias, que se mandase volver a los dos comisarios pontificios, el ayuntamiento de Bastia, el gobernador de la isla y varios corsos principales dirigieron exposiciones por escrito al Papa Julio III y a S. Ignacio de Loyola, dando brillante testi-

- (1) Epist. mixtae, III, 114, ss.
- (2) Epist. mixtae, III, 114, 168 s.
- (3) Ibid., 114, 167, 173.

monio de los trabajos de los misioneros (1). Mas a pesar de eso tuvo ya que dejarse la misión el año siguiente de 1554, porque los corsos, confiando en Francia, se habían levantado contra la dominación de Génova y toda la isla estaba llena de turbaciones y revueltas de guerra. Landini sucumbió allí a consecuencia de sus esfuerzos y privaciones el 3 de marzo de 1554 (2). En Córcega se le consideró como santo (3).

La causa del descuido religioso del pueblo estaba sobre todo en la ignorancia de los sacerdotes. También en Italia era cosa del todo nunca oída que los párrocos predicasen, varios de ellos nunca oían confesiones, y muchos apenas o nada enteramente sabían leer (4). Por eso también S. Ignacio de Loyola atendió sobre todo a la erección de colegios, porque sólo sobre el fundamento de la enseñanza podía prosperar la reforma religiosa, y faltaba enseñanza. Así escribe v. gr. Doménech desde Palermo, el 4 de julio de 1547, que se deseaba allí mucho un colegio de jesuítas, «porque aquí reina tan notable ignorancia entre los clérigos, que no se podría creer, si no se viese con los ojos. En gran parte la causa está en que no hay medio ni coyuntura para estudiar, pues aquí en la capital del reino no hay ni una sola escuela pública de gramática» (5). Eran por tanto muy apetecidos los colegios de los jesuítas. A las casas que tenía la Orden en Roma, Tivoli, Padua, Bolonia, Mesina y Palermo, las cuales se habían ya erigido en tiempo de Paulo III, añadiéronse todavía en el pontificado de Julio III, prescindiendo del Colegio Romano, las de Venecia en 1550, Ferrara, Nápoles y Florencia en 1551 (6), Módena, Parma y Bassano en 1552, Monreale en 1553, Argenta junto a Ferrara, Génova, Siracusa, Catania y Loreto en 1554. En el año de la muerte de Loyola estableciéronse todavía colegios en Sena y Amerino. Naturalmente tan numerosas fundaciones nuevas sólo

(1) Hállanse impresas en las Epist. mixtae, III, 182-201, 210 s.

(2) Polanco, IV, 36 ss.

(3) Ibid., apéndice, 681 ss.: Processo intorno alla santità del P. Silv. Landini.

(4) Tacchi Venturi, 27 ss.

(5) Litterae quadrimestres, I, 51.

(6) Cf. Ed. Fueter, La primera entrada de los jesuítas en Florencia: Revista de Historia eclesiástica, XXVIII, Gotha, 1907, 432-453. Sobre la protección que dispensó a los jesuítas la duquesa de Florencia, véase Tacchi Venturi en la Civ. catt., 1898, Luglio, 16, y Arch. stor. Ital, Ser. 5, XXII, 217.

eran posibles, porque muchísimos habían pedido entrar en la Orden. Cuando en 1551 fueron presentados a Julio III los jesuitas, que estaban destinados para los colegios de Florencia y Nápoles, preguntó asombrado: «¿Quedará todavía alguno en Roma?» Fácilmente se pudo tranquilizar al Papa respecto a eso (1).

La ocasión para fundarse estos establecimientos la daban comúnmente los sermones, que un miembro importante de la Orden había tenido en una ciudad. Si las negociaciones sobre la erección de un colegio se llevaban a término, enviaba S. Ignacio inmediatamente no brillantes fuerzas, sino sólo algunos jóvenes del Colegio Romano, porque pensaba que era mejor, que semejante casa después de modestos principios, se desenvolviese hasta llegar a gran florecimiento, que no el que comenzara brillantemente, pero después no se mantuviese en el primer esplendor (2). También era máxima suya, que un colegio ha de sostenerse por sí mismo (3), por lo cual casi todas estas fundaciones tenían que luchar a los principios con gran pobreza. En Perugia vivieron los jesuitas por algún tiempo sólo de pan, vino y sopa (4), y por otra parte la casa estaba en muy mal estado. En Venecia, aun antes de la fundación del colegio, se tuvo que usar la más extremada circunspección. La República sospechaba en todas partes maquinaciones políticas. Sólo el que los jesuitas escribiesen a Roma cada ocho días, excitaba recelo; oír en confesión a señoras de la aristocracia y encaminarlas a la frecuente recepción de los sacramentos, era cosa peligrosa, por la cual poco antes se había desterrado de la ciudad a los barnabitas. Cuando se hubo logrado fundar el colegio, muchos estudiantes no perseveraron, porque el carácter mercantil de la ciudad comercial no era favorable a los estudios (5). En Mesina se deseaba a la verdad un colegio, pero no se le quería proveer de las rentas necesarias; y en Módena se infamó a los jesuitas como hipócritas e ignorantes (6). Pero a pesar de todo eso, la nueva Orden iba echando poco a poco hondas raíces. La enseñanza de la juventud era el arma principal, con que los jesuitas hacían frente también en Italia a la invasión del protestantismo.

- (1) Polanco, II, 173.
- (2) Ibid., 432.
- (3) Ibid., 507.
- (4) Ibid., 438.
- (5) Ibid., 480.
- (6) Ibid., 459.

Si se prescindie de la actividad por medio de la pluma, la acción reformadora de la nueva Orden se manifestó ya en vida de su fundador en todas direcciones, así en la ciencia como en la vida, así entre los doctos como entre los indoctos. A monasterios de monjas que estaban horrorosamente indisciplinados y sin subordinación, los redujeron los jesuitas no raras veces con sus Ejercicios a buen estado (1). A religiosos fugados del claustro, que muchas veces habían sentado plaza de soldado (2), procuraron inducirlos a volver a sus conventos (3). Iban a las cárceles y a las galeras para llevar un consuelo espiritual a los presos enteramente abandonados (4). Laínez y más tarde Nadal, como también varios capuchinos, acompañaron como capellanes de la armada a las flotas cristianas, que zarpaban de Sicilia contra los corsarios (5); Bautista Romano, judío convertido, utilizaba sus conocimientos en lenguas orientales, a fin de ganar para la Iglesia a bordo de navíos turcos, a mahometanos y renegados (6). Los jesuitas combatían la usura (7), recogían limosnas para los pobres (8), reconciliaban a enemigos (9), se afanaban por procurar un asilo a pecadoras arrepentidas (10), y hacían ya tentativas para formar misioneros que hablasen el árabe, para la conversión del norte de Africa (11).

El campo de trabajo muchísimo más lleno de espinas fué el que se abría para el celo reformador de la reciente Orden a la otra parte de los Alpes. Nadal, que conocía a vista de ojos el estado en que se hallaba la Península tanto Pirenaica como Apenina, y en 1555 estuvo también entre los jesuitas alemanes con el cargo de Visitador, expresa con franqueza, que el trabajo en *Alemania* es notablemente más arduo y tan glorioso como el de la India (12).

- (1) Polanco, II, 175, 502.
- (2) Ibid., 238, n. 164.
- (3) Ibid., 29, 461.
- (4) Ibid., 37 s. (Palermo), 184 (Florencia), 231 (Mesina), 425 (Roma), 435 (Perusa), 458 (Módena), 483 (Venecia).
- (5) Ibid., 45 s., 237 s. Guglielmotti, Guerra de' pirati, II, 203.
- (6) Polanco, II, 484, n. 159.
- (7) Ibid., 36, 483.
- (8) Ibid., 233, 503.
- (9) Ibid., 225 y con frecuencia.
- (10) Ibid., 234.
- (11) Ibid., 51 s.
- (12) Epist. IV, 214.